

JOSHEMIEL, BEÑARDO Y OTROS

HOMBRE de fibra de acero, impávido y hasta retador del peligro alcohólico; filtro consecuente por el que han pasado varios mirialitros de jugos tinto y dorado (léase vino y sidra).

... ¡El tornillo y la tuerca que le parió! esa es su obra literaria; para él es frase de una vez; a su juicio, encierra tanta más esencia, que la que profundos pensadores vertieron en volúmenes y más volúmenes... ¡el tornillo y la tuerca que le parió! ese es siempre su recurso salvador; cuando se halla ante un amigo, un desconocido y hasta ante la propia autoridad; cuando tiene un enigma que descifrar y hasta cuando trata trabajosamente de eruirse.

De tipo fino y tieso como un poste, cuando no lleva *atzea kargu* o está en período oscilante, si bien en todo tiempo procuran sus pies engarzarse con el piso, haciendo imposibles para mantener lo más decorosamente posible, su silueta y salvar las formas.

Frunce el entrecejo, abulta en lo posible sus pobladas cejas moviéndolas desmesuradamente, a fin de que no le rinda el sueño; con la mirada dirigida ligeramente hacia arriba y la cabeza un poco inclinada, tenemos al buen *Joshemiel* en mitad de la calle, dudando si avanzar y temiendo hacer un mal papel, hasta que impetuosamente y a toda velocidad como un cohete, se ve lanzado haciendo trenza con las piernas, hasta toparse con un muro, carro o lo que fuere, si antes un alma decidida no le sujeta al involuntario desbocado.

Hay quien creyéndole algún día acometedor corrió más que de prisa para librarse del supuesto peligroso, demandando urgente auxilio.

¿Que logra frenarle un transcuente oportuno ayudándole a tratar de conseguir la verticalidad? *Joshemiel* le mira primero detenidamente y silencioso, gesticulando con sus labios herméticamente cerrados, apoyado su cuerpo inclinado en las manos del salvador, abriendo los dedos de las manos y teniendo en constante movimiento; y por fin, cuando ya pasado un rato en postura tan cómica, empieza a cansarse quien evitó el choque, suena incoherente... ¡la tuerca y el tornillo que le parió! si bien muchas veces debe decirlo en griego, porque la lengua en casos así, no siempre le funciona del todo bien.

¿Si le pregunta qué le pasa? habrá contestado alguna vez, que va a acostarse y dormir un poco, a fin de prepararse para la tercera *monada*; pues es ya la segunda del día la que lleva aparejada.

Pero... ¡soy fuerte! (vocifera) ¡tengo un pecho sano! y se golpea con furia y termina diciendo... el que tenga envidia... ¡que se fastidie!

Este es el *Joshemiel* popularísimo y simpático.

Erase la tarde de un tercer día de Carnestolendas, en el que el buen hombre en el estado descrito, irrumpe en el salón del antiguo Círculo de la Coalición Liberal, saludando con el consabido ¡la tuerca y el tornillo que le parió!

— ¡Aquí estoy yo! — continúa — porque *hay venido* y contar conmigo como de una *pilarmónika*.

La docena de socios que a dicha hora (media tarde) se hallaba en los balcones del salón, dirigió las miradas hacia el simpático *Joshemiel* y alguien llevándole al balcón, maliciosamente le dijo:

— Mira; ese gran grupo de nacionalistas que está ahí abajo y que tú les ves, se halla aburrido como un bloque de ostras y bien harías en mezclarte entre ellos y dar un grito de ¡Viva España!

— A mí, — contestó — al tiempo que volvía a entrar en el salón, que me den una copa de *matarratas* y *or kompon*; si tú sí quieres, toca el trombón.

No hubo transcurrido largo rato y cuando ya nadie se acordaba de él, tocado con un gran sombrero negro cordobés y envuelto en una de las colgaduras del balcón de colores nacionales, (que luego se supo eran facilitados por la camarera del salón) le vemos dando gritos estentóreos de ¡Viva España! repetidos una y veinte veces entre el numeroso grupo de nacionalistas, a quienes miraba con aire de triunfo, mientras ellos celebraban la ocurrencia de *Joshemiel*.

Y dirigiéndose luego a los del balcón, les repetía; ¡aquí estoy yo, porque *hay venido*!... ¡la tuerca y el tornillo que le parió!

Héte ahí que surge el ocurrente Joaquín (autor de muchos motes y del que no supo librarse, quedándose el de «Muskarra», ingenioso en ocurrencias diabólicas.

Con mucho cuidado enroscó en la muñeca y brazo de *Joshemiel*, mientras éste creía que le hacía cosquillas y se reía estrepitosamente, unos cuarenta metros de cuerda del grosor de un pizarrillo de escuela.

Todos mirábamos con cierto interés la maniobra; pues bien suponíamos que alguna travesura se traía y que no sólo trataba de envolverle el brazo con tanta cuerda.

De pronto vemos que le aproxima un carrito de niño, construido con una cajita de embalaje y montado sobre cuatro ruedecitas de madera, hallándose dentro aprisionado el impedido *Milinthón* a quien, sin duda, alguien y para que se solozase presenciando la juega carnavalesca de la Alameda, le trajo desde su apartada calle, seguramente con la mejor intención.

Bien se cuidaba el autor de la broma de situar a ambos en la caja de la vía del tranvía, frente al Gran Balcón, al propio tiempo que rogaba a los presentes se separasen dejándolos solos, bien persuadido claro está, de que nada desagradable había de pasarles.

Y he aquí a nuestros futuros héroes frente a frente; a *Joshemiel* convertido en tractor, mirando a veces a su brazo que parecía una cordelería y a *Milinthón*, otras, con quien no tuvo nunca ni la más leve conversación; a éste cayéndosele la baba al observar que iba a ser tirado por un sujeto tan estrambóticamente ataviado.

Hemos de advertir que éste *Milinthón* además de su absoluta imposibilidad para andar, hablaba semi-guturalmente y su obsesión sempiterna y rabiosa era, pedir cigarros hasta a las mujeres que entraban a la Iglesia.

Joshemiel haciéndose cargo de su postura y dirigiéndose al público, exclama: ¡to bapo zio! y luego a *Milinthón* ¿Aunde quieres que te lleve, caballero?... ¡la tuerca y el tornillo que le parió! a la calle Arriba, o a París!

Milinthón contestóle: ¡Zozak ziarro bat! ¡Ekarrek ziarro bat! ¡Echame un cigarro!

¡Dame un cigarro! pues a él interesaba el fumar, ya que era fumador empedernido.

— Tengo *Egisios*, le contesta *Joshemiel*, y malos son *patí*; *demasio shuaves*.

Como quiera que a Joaquín interesaba no se moviera del sitio, le sirvió a *Milinthón* el pitillo y se apresuró incluso a prepararle la cerilla encendida diciéndole:

— Oye, *Milinthón*, viene viento de la fábrica grande y ponte mirando hacia el matadero para encender el cigarro; — y al mismo tiempo que esto decía, le daba vuelta al carrito, poniéndolo también cara al matadero (ya había conseguido Joaquín todo su objetivo!

Encendió la cerilla y lo puso en la mano de *Milinthón* quien con mucho aspaviento, empezó a chupar el cigarrillo, produciendo con sus labios un ruido semejante a un fuerte castañuelo, que al propio *Joshemiel* llamándole la atención, hizo que volviese la cara también hacia el matadero.

Cuando ya *Milinthón* había casi nublado su alrededor con el lanzamiento de enormes bocanadas de humo en el aire, de repente se oye un fortísimo y rabioso tintineo; era el tranvía que aparecía en la revuelta avisando el peligro a la abigarrada multitud que presenciaba la escena.

Había sido coronado por el éxito más completo la estratagema de Joaquín.

Ver *Milinthón* el tranvía a tres metros de distancia, comprendiendo su imposibilidad absoluta de moverse y soltar una verdadera andanada de gritos, fue todo uno.

Quiso también *Joshemiel* huír y olvidándose de que el extremo de la cuerda estaba amarrado al carrito y soltando el consabido... ¡el tornillo y la tuerca que le parió! trató de desplazarse bruscamente, dando un tirón tan violento a la cuerda, que el carrito al ser obligado a dar un giro rápido, volcó, quedando el carrito con las ruedas hacia arriba y



debajo *Milinthón*. Al propio tiempo que esto sucedía al pobre *Milinthón*, vemos a *Joshemiel* que tratando de desembarazarse también del supuesto peligro, empezó a soltar cuerda y más cuerda de su brazo; pero todo cuanto soltaba del brazo, la envolvía en las piernas que no cesaban un momento en su movilidad nerviosa y tardó el tiempo de rezar un Ave María, en que se viera caído también y cruzado totalmente su cuerpo con la enorme cantidad de cuerda que tan sabiamente le enrolló Joaquín, mientras que este operaba ya, con el fin de que nada desagradable pasase.

Claro está, que entrando el tranvía en la curva tan lentamente, paró sin esfuerzo y no hubo ni un solo momento del más leve peligro.

Y aquí tenemos a nuestros actores revolcándose por los suelos; *Milinthón* a semejanza de un gran caracol con su carrito encima y *Joshemiel* convertido en un fardo, a guisa de una enorme merluza aprisionada entre redes.

¡Ah! pero *Milinthón* el impedido, no le perdonaba y ya más tranquilo al ver que el tranvía no se movía y no pudiendo vengarse de otro modo, lanzó por los aires, pero con furia inigualable, aunque mal entonado y peor pronunciado el

Joshemiel pardela
Chicharrua ta berdela
etc., etc...

y no terminó la estrofa, cuando vio su cigarrillo al lado, apresurándose a recogerlo y después de bien mirado y acariciándolo como algo que mucho vale, empezó a tirar o a chupar de él con todo su coraje, al tiempo que con las enormes bocanadas de humo, soltaba una carcajada interminable, dirigida al que quiso ser su motor, a *Joshemiel* que no hacía otra cosa más que ensuciarse en las tuercas y tornillos que iban pariendo consecutivamente, según él vociferaba.

Mientras todo esto ocurría, le tenemos a la vista en la acera de enfrente a Joshe *Beñardo*, más conocido por «*Kustikullu*».

Hallábase entusiasmado con un *zomorro* de los que deambulaban por la Alameda donde él se hallaba; él veía algo interesante en la persona disfrazada, le preocupaba mucho, pero muchísimo; la fuerza de sus cinco sentidos la tenía puesta en los andares de dicho *zomorro*.

Era *Beñardo* el sabio del frontón, tenía toda la astucia y habilidad que le habían proporcionado los muchos años de entrenamiento continuo, muy metódico y bien escogido.

Todas las mañanitas, con su periódico desdoblado en las manos y leyéndolo muy atentamente, vestido con una camisa muy limpia y planchadita no llevando americana ni chaleco, pero sí una fajita roja pendiente graciosamente una extremidad como un general, alpargatas bien blanquitas y pantalón ceñido y a cuadros, atravesaba las calles del pueblo hasta llegar a su *Academia*, que era el frontón y allí, terminado de leer el periódico, comenzaba su tarea.

Dedicaba largo rato, dando con la pelota dos paredes; o bien sacándola con efecto, o procurando conseguir el tino de dar en la *koska*, bien de la pared o del suelo y también ensayando el truco de hacer el ademán de un esfuerzo grande para extender mucho la pelota, produciendo al propio tiempo un ruido de un golpe dado con la planta del pie, figurando el choque de la pelota en el frontis y todo, para dejarla a menos de un metro de la pared, teniendo además el buen cuidado de ponerse delante, por si todavía necesitaba estorbar a su contrario y ganar el tanto; para pasar después de un largo rato de este ejercicio cotidiano, a la sección de chapas.

Tenía previamente preparadas las imprescindibles dos monedas; una la de cara arriba menos brincosa que la de cara abajo, con el fin de que la primera saltara poco al chocar con el suelo y no perdiese su posición y para lo contrario la segunda moneda.

Y si necesario fuese, dar vuelta entre sus habilidosos dedos a una de las monedas, poniéndolas cara arriba al ser lanzadas; o dirigir una de ellas a suelo duro y la otra a fangoso o blando (según convenía) o poner brillante la parte llamada cruz, lo mismo que la de cara, para que cuando medio anochecido, figurase siempre cara; y otras astucias parecidas.

Era un verdadero artista, un maestro de prestidigitación y ¡la cara tan seria y de tonto como fingía para que nadie se diese cuenta de las habilidades!

Así teníamos a nuestro *Beñardo* todo el día, dirigiendo miradas de vez en vez a la entrada del frontón, por donde

aparecían sus clientes y en cuanto tenía a alguien al alcance de su vista, ya comenzaba el juego que más gustaba al parroquiano... pelota... chapas... *pareta arrimua...* etc., etc.; tenía sus predilectos y el más, era el sencillo y laborioso *Madariaga* conocido también por *Kakathio*, quien tenía una fuerte clientela entre comerciantes de la villa, a quienes traía y llevaba bultos a la estación del Norte, con un carrito de mano.

Beñardo con ojos de águila veía desde el pretil del frontón venir a *Kakathio* al pueblo con su carrito lleno de bultos y hasta se permitía hacer cálculos del importe que le pagarían por su trabajo y frotándose las manos de gusto, se preparaba a recibirle con todos los honores que puede hacerse a un perpetuo y buen cliente.

No bien terminaba sus encargos, le tenemos a *Kakathio* en el frontón y *Beñardo* atosigándole con proposiciones tentadoras.

—¿Quieres, yo con la derecha y tú siempre de saque; o yo con la izquierda y tú con las dos manos a pasar siempre de un cuadro? y si quieres yo con los pies atados y tú con la izquierda?

Cuando no conseguía romper la mudez de *Kakathio*, sacaba de sus bolsillos las dos monedas y lanzándolas en el aire, soltaba el: «*¡Bi errial a karas!*» hasta que convencido *Kakathio* por tantas y tan halagüeñas proposiciones, rompía el propósito de nunca jugar más con *Beñardo*.

Antes del transcurso de una hora, ya le teníamos al infeliz *Madariaga* palpando disimuladamente los bolsillos, por si entre los pliegues, le había quedado todavía alguna moneda y convencido de que todo lo había perdido, para despistar a los presentes decía...—Me voy al tren mixto, que hoy trae retraso y debe llegar ahora...

Era su recurso para pretender salir airoso del frontón; pero *Beñardo* con su risita de conejo, como así solían decirle, le atajaba diciendo que el mixto ya pasó hacía más de una hora y que de él había bajado al pueblo buen número de bultos, que seguramente le habían sido bien pagados y mejor pegados.

Con quien no podía *Beñardo* era con *Mielmay* y además de no poder, éste se permitía tomarle el pelo de lo lindo; preguntándole a veces, cómo estaba el cambio, o si había leído el discurso de Sagasta en el Congreso y otras preguntas guasonas por el estilo.

Beñardo le decía por toda contestación: «¡A tí ya te dará algún día el cura Echeverría; véte véte como siempre delante de la Iglesia cuando está predicando el sermón de misa mayor, a gritar por fastidiarle... ¡La... Voz... de... Guipúzcoaaa! dándole amorración. Eres un *arrunkoso*. ¡*Mielmay-chiqui*, más que *Mielmay-chiqui*! Pero éste, empezaba a contarle un cuento a media voz, que le turbaba y dando media vuelta se escurría *Beñardo*, perdiéndose de vista rápidamente.

¿Qué era lo que tanto le mortificaba y que *Mielmay* empleaba como arma contundente, sobre todo si había gente que quisiera escucharle? Oigámosle:

Se enamoró en la Alameda—decía—de un mascarita una de las tardes de Carnaval; le gustó el pelo rizado que cubriendo toda la espalda se dejaba caer graciosamente hasta la cintura.

Empezó *Beñardo*, primero a lanzarle miradas insistentes; a flirtearse luego, terminando después con una persecución decidida, solicitando al final, bailase con él.

Accedió el *zomorro* y tan a gusto bailaba *Beñardo* y paseaba luego entre *Habaneras* y *Polkas*, que decidió invitarle a merendar, proposición que en el acto fué aceptada.

Dicen, que la merienda fué excelente en extremo, no faltando bebidas de alto precio; pues el *zomorro*, era algo exigente y se hacía servir sendos platos, al extremo de llamar la atención de *Beñardo* y preocuparse un poco, del buen diente de su reciente y probable novia.

Terminada la merienda y obscurecido ya, salieron a dar un paseo, llevándole *Beñardo* hacia el frontón para enseñarle sin duda, sus dominios y hablarle también del amor a la luz de la luna.

Kakathio, venía observando lo que ocurría con la enamorada pareja y por curiosidad o por estropear la combinación a *Beñardo*, siguió sigilosamente y de cerca, los pasos de los émulos de *Romeo* y *Julietta*, y tratando de buscar un punto de observación, se aproximó a uno de los rincones de las inmediaciones del frontón; pero observó que en dicho lugar alguien se movía y hablaba como consigo mismo.

Se acercó donde creía ver un bulto sentado en el santo



suelo y joh, casualidad! descubre a *Joshemiel*, quien seguía en la tarea de desembarazarse de tanta cuerda; pues es de advertir, que se negó en absoluto por la tarde, a que nadie le tocara; diciendo que él se bastaba sólo y allí se retiró como pudo y allí seguía desatándose, mientras balbuceaba constantemente... ¡La tuerca y el tornillo que le parió! y riéndose de buena gana; porque según él, parecía una guitarra rota.

El intruso le hizo ver, el porqué de su visita a dicho lugar y la conveniencia de que se callase a fin de observar ambos el coloquio de la pareja que hablaba en voz bajita:

BEÑARDO.—¿Cómo te llamas? Dímelo.

ZOMORRO.—¿No me conoces? ¿No me conoces?

BEÑARDO.—Sé que eres guapa y hasta me figuro quien eres; pero dime tu nombre, te lo suplico.

ZOMORRO.—(Con voz siempre fingida)—No tengo inconveniente y hasta me descubriré en el acto, siempre que me des dos duros que me hacen mucha falta, para comprar un buen cinturón.

BEÑARDO.—No tengo dos duros; pero toma cuanto me queda, ocho pesetas con cincuenta céntimos y trato hecho.

No bien hubo embolsado el *zomorro* las pesetas, leván-

tóse el velo o careta y mostró su cara poblada de enorme bigotazo; era nada menos que *Ezkerra* un peón de los muelles de Pasajes, en quien perduraba también el recuerdo de algunas malas partidas que *Beñardo* le jugó en algunos partidos de pelota.

Beñardo quedó perplejo; pero *Ezkerra* con toda tranquilidad, le registró y le quitó todavía el paquete de cigarrillos, única cosa que le quedaba y encendiendo uno cachazudamente, se despidió, mientras le decía: «¡Eskarrik asko, motell! y hasta el año que viene».

Beñardo seguía hecho una pieza viendo visiones; entre los observadores estalló una sonora carcajada y al fin *Joshemiel*, compadecido le dirigió el siguiente verso:

Mi lagun zar *Beñardo*
¿por que tan serió?
Joshemiel de amores
azpaldi se rió.
Iñokin no te fies,
fede ona ya murió
¡...! en la tuerca
y el tornillo que parió.

ENTREDÓS

LAS CANTINAS ESCOLARES

Este tema, tantas veces suscitado en aquellos lugares en donde se presta atención a los problemas sociales, creemos debe ser objeto de que se le considere de capital importancia, sobre todo en poblaciones que, como Rentería, cuenta con un núcleo tan crecido del elemento obrero.

No vamos a puntualizar aquí las ventajas que a la clase obrera reportan estas benéficas instituciones, (constituídas algunas de ellas dentro de nuestra provincia) porque plumas más expertas han descripto con extensión, sinó hacer resaltar el caso que mientras poblaciones de menor importancia, considerados bajo el punto de vista obrero, cuentan con sus

bien dispuestas cantinas, sigamos en Rentería sin llegar a la constitución de tan necesaria asociación, pues aparte de la alimentación corporal de los niños, constituye un poderoso elemento para la atracción de los mismos a las escuelas.

Opinamos que Rentería es campo abonado para llevar a la práctica el funcionamiento de las cantinas escolares; por lo que brindamos la idea tanto a las autoridades como al elemento patronal y obrero, ya que a todos debe interesarles el asunto.

José Ma. Oteguí

UN CASERIO MODELO

Hace ya dos años, en el número de esta revista, nos ocupamos de los caseríos de Rentería; pero en aquella página romántica y sentida hacia el típico caserío de nuestra villa, faltó uno que hoy nos sugiere unas breves líneas, no precisamente de exhibición, sino de ejemplo a seguir por los labradores amantes de su terruño y de sus ganados.

Se trata del caserío «Masti», propiedad de nuestro buen amigo D. Ignacio Lecuona, quien llevado de sus aficiones agrícolas, posee esta magnífica finca rústica, en la que cría selectos ejemplares vacunos y cabalares, que varias veces han alcanzado primeros premios en exposiciones.

Pero esto, no es precisamente lo que más halaga a nuestro buen amigo. La parte de su finca que enseña con gusto a cuantos la visitan, es un magnífico silo para almacenar hierba, en el que puede albergar hasta 120

toneladas de dicho alimento para el ganado, en magníficas condiciones de conservación.

Es un asunto éste muy importante para todo labrador que posea cabezas de ganado, ya que el clima húmedo de este país, no se presta a la perfecta desecación del forraje, subsanándose este inconveniente con el almacenaje en silos, del que el Sr. Lecuona es un convencido, y recomienda a cuantos labradores cuenta entre sus numerosas amistades. Nuestra Revista, señalando todo cuanto en Rentería es digno de conocerse, muestra muy gustosa este aspecto de la cultura agrícola que nuestro querido amigo nos ofrece en su espléndida finca «Masti», en la que asimismo las cochiqueras, gallineros y palomares, están aislados en edificio aparte, conforme a los preceptos higiénicos más exigentes observados en la explotación de granjas-modelo.



CASA ZUBILLAGA -- MERCERIA Y NOVEDADES

El afán de adornarse innato, en toda mujer joven y bonita, se ve satisfecho en el exquisito gusto que esta casa pone en el adorno de sus escaparates, en los que exhibe las últimas novedades en adornos, mercería, objetos para regalos y en general todos los artículos que puedan excitar la curiosidad y el deseo femenino, de adquirirlos.

Por ello siempre la curiosidad femenil, pone racimos de muchachas ávidas de engalanarse, ante los escaparates de la Casa ZUBILLAGA, quien tiene ese arte sutil para excitar el deseo de comprar en su establecimiento, que como ya queda indicado es el más adecuado para adquirir artículos de fantasía, de esos que hacen volver la cabeza a un hombre, sobre todo si los luce un bello palmito.